



POR LA LIBERTAD*

Mexicanos:

¿Qué es la Libertad?

La Libertad es el alma de las democracias, la base de la justicia, la causa primera de toda conquista política y el fundamento más firme de las nacionalidades.

La Libertad, dijo Cervantes, el más grande maestro español en la vida y en el arte, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida.

La Libertad es la madre de todos los bienes cuando va acompañada de la Justicia, dice un filósofo.

Castelar afirmó: que la Libertad es la eterna esposa de las grandes almas, la fecunda madre de los héroes.

La Libertad, dice Lamennais, es el pan que los pueblos tienen que ganar con el sudor de su frente.

* * *

Muy levantado principio debe ser la libertad, cuando por ella el mundo se ha manchado de púrpura de mártires.

Muy noble debe ser cuando la leyenda, embellecida por la magia encantadora del arte, nos cuenta cómo de las montañas de la antigua Helvetia surgió valiente el labrador Guillermo Tell, que

* Discurso pronunciado en la velada efectuada en el Teatro de los Héroes, en Chihuahua, el 13 de septiembre de 1912, bajo la presidencia del C. Gobernador, don Abraham González, mandado asesinar más tarde por el tirano Huerta.

trocando el arado por el arco, tornóse un héroe para derrumbar las tiranías de su patria, obedeciendo el mandato sagrado de su padre: —Si algún día algún tirano se atreve a atacar nuestra antigua libertad, no temas Guillermo, morir por tu patria y verás que la muerte no es amarga por tan santa causa.

Arriesgando la vida de su propio hijo, Guillermo Tell conquistó las libertades de Suiza, de aquel pequeño terruño que al correr de los tiempos había de transformarse en la república ideal de las democracias. Y el pueblo ha recogido la brava leyenda para glorificarla de boca en boca con entusiasmo de epopeya, porque las leyendas de los héroes son las divinas mentiras que quisiéramos en nuestras ilusiones transformar en realidades.

Necesaria debe ser la libertad cuando los pueblos la conquistan al trágico embate de las revoluciones.

Cuando Inglaterra, para arrebatar el despotismo a la Corona y crear la perdurable libertad del parlamento, se vio precisada a perpetuar en la historia el regicidio de Carlos I.

Cuando el maravilloso pueblo francés en 1789, hambriento por el lujo exquisito y cínico de los cortesanos, oprimido por los impuestos que llenaban de notas de sedas y de flores los saraos quintaesenciados de la aristocracia de Versalles; burlado por los ministros incapaces o perversos que aumentaban de hecho las cargas de los plebeyos y los privilegios de los nobles, despreciado por la indiferencia inconsciente de Luis XVI y por la altivez austríaca de María Antonieta, sacudió su alma en un momento solemne de rebelación redentora, y hallándola maculada y fuerte, digna por atavismo y tremante de cólera por las vejaciones, lanzó, a los acordes de la Marsellesa, el grito bendito y prepotente de emancipación que asombrando al mundo predicó a todos los pueblos el evangelio de la Libertad!

Muy amable debe ser, cuando aquel gran bueno que se llamó José Martí, poeta y orador, guerrero y apóstol; aquel que —en el descanso ponía a la espada empuñadura de razón—, aquel que tocó su pecho y lo halló lleno, tocó su cerebro y lo halló firme; aquel grande desterrado y noble presidiario; aquel buen amigo nuestro, aquel mártir artista que murió joven porque los dioses lo amaban, fue el fundador de la libertad de Cuba y un apóstol de la libertad continental.

Muy hermosa debe ser cuando sus clarinadas conmovedoras

impulsaron el espíritu sublime de Lord Byron para llevarlo a Grecia en peregrinación libertadora a luchar por la independencia de aquel pueblo simbólico de la Belleza y de la Gracia.

Muy noble debe ser cuando su conquista no es sólo ilusión ideal apostólico de los idólatras de la humanidad.

Cuando hace relucir la espada victoriosa del general Lafayette en los campos de batalla americanos, y al héroe blondo y bello de Italia, vencedor de treinta y siete batallas, salvador de la tiranía de los Borbones, el general Garibaldi, se llega al Nuevo Mundo a pasear su legendaria camisa roja por las pampas americanas, peleando diez años por la libertad de un extranjero país, cuando el Nuevo Continente, sacudiéndose como un león embravecido, arrojó por las olas del Atlántico a todos los conquistadores.

Muy grande debe ser cuando un Washington y un Bolívar, ejemplos de virtudes cívicas, pudieron con la fuerza de la razón y la justicia, crear naciones independientes y soberanas que habían de ejemplificar a toda la América, para hacer de nuestro continente el nido de las libertades democráticas.

Sublime debe ser la libertad, señores, cuando hoy hace un siglo y dos años, aquí, en este suelo amado que enalteció con su martirio el azteca Cuauhtémoc, el héroe de los pies carbonizados; cuando aquí, en el bravo país cuyos cielos incomparables se sintieron bellamente heridos por las flechas de Ilhuicamina, buscadoras de libertad; aquí en el país de los lagos azules y los volcanes altivos que miraron orgullosos a Cuitláhuac, perseguir al vencido don Hernando Cortés, cuando aquí, un noble viejo, un libertador que siendo cura se ha transformado en dios, gritó muy alto el 15 de Septiembre de 1810, desde el campanario de su aldea: ¡Mexicanos!: ¡Viva la Independencia de México!... Clamor turbulento de anhelos dormidos y entusiasmos vírgenes que Europa entera miró con asombro; que los reyes españoles escucharon medrosamente y que fue a turbar el sueño de Carlos V, repercutiendo en las bóvedas silenciosas y severas del monasterio de Yuste.

* * *

Padre Hidalgo: tú nos diste la libertad; nosotros nuestro amor; la historia su eternidad, la Patria el galardón de sus epopeyas, el homenaje soberbio de tu gloria y el himno victorioso y salvaje de

su naturaleza que llorar parece tu ausencia en el correr silencioso de sus linfas y murmura tu nombre en el corazón de sus perpetuos adalides: las montañas.

* * *

Ha pasado más de un siglo de aquella noble, justa y bella redención de 1810, que se agiganta con los pasos del tiempo y los juicios de la historia, como se miran más altas las pirámides de Egipto desde la tumba de Napoleón I y más erguida la columna del 14 de Julio desde las costas de estos pueblos hermanos nuestros, que el 1793, como una bendición y un aliento, como un ejemplo heroico y un deber humano, escucharon maravillados el ritor-nello marcial de la *Marsellese* que envolvía de odios y derechos de reconquista los muros de la Bastilla.

Nuestra Revolución de Independencia digna es de nuestra raza, de esta raza indómita y bravía de los Xicoténcatl y de los Atahualpas.

La epopeya hidalguina rimará en la Historia con las hazañas del general San Martín; José María Morelos, el campeón formidable de la falange insurgente, El Mahoma de la Revolución, compararse puede en su fuerza, en su genio militar y en su talento organizador y político, a Bonaparte el mayor; la constancia de Vicente Guerrero es digna de los cruzados de la Edad Media; el gesto magnánimo y misericordioso de Nicolás Bravo, el Cristo guerrero de nuestra historia, debe haber arrancado una sonrisa paternal y amorosa a Guzmán el Bueno; Trujano en la defensa de Huajuapán, sacrificando a su hijo en aras de la Independencia, es tan valiente y majestuoso como Leónidas en las Termópilas, y Allende y los Galeana, Pedro Asencio, Guadalupe Victoria y Matamoros en su bélico empuje, vinieron a enseñar a los mexicanos y a la ciencia de los atavismos, que no en vano se mezclan gallardamente en las venas dos sangres heroicas: la india de Cuauhtémoc y la española de don Gonzalo de Córdoba.

* * *

En aquella contienda sangrienta, pero necesaria y legítima, cayeron todos los campeones; sus testas derrumbadas en los cadal-

sos, y sus ojos escrutando ávidamente el destino con la esperanza de mirar libres algún día a sus hermanos.

Y al fin fuimos libres. Por vosotros, Padres de la Patria, rompimos las cadenas de nuestra caduca esclavitud.

Vosotros nos disteis la libertad... ¿Qué os entregamos a cambio?— Da vergüenza decirlo, porque da tristeza contemplarlo.

Os entregamos una paz maltrecha y una ley herida, un Gobierno inquebrantable y una rebelión menguada.

¡Qué insensatez!

¡Qué ingratitud para nuestros héroes!

¡Qué delito de leso patriotismo!

¡Qué vergüenza, Padre Hidalgo!

Señores:

No hay disculpa para la rebeldía: la Historia, esa vieja y noble justiciera, lo repetirá dolientemente a nuestros hijos.

Reconquistada nuestra libertad cuando en 1910 la última palabra de la añosa tiranía se confundió con el estruendo del cañón bajo los muros de Ciudad Juárez; entonces, cuando cada revolucionario llevaba en sus entrañas los dolores de un despotismo de treinta años, y en sus fusiles el castigo para los que engañaron y oprimieron al pueblo, entonces la revolución fue necesaria, porque era el último recurso para aniquilar la dictadura.

La revolución de 1910 fue precisa, porque presentaba una necesidad sociológica. La historia mundial nos enseña que los pueblos no pueden, no deben tolerar y no toleran las tiranías indefinidamente. El hombre debe ser libre porque nace libre.

Y nosotros éramos siervos. ¿Qué derechos políticos teníamos? Ninguno. ¿Qué obligaciones? Todas.

La libertad de la palabra era condicional; la de la prensa, un mito; la electoral, un escarnio.

El cuerpo legislativo estaba controlado por la voluntad del César y en sus labios estaba la última palabra del Poder Judicial.

¡No teníamos justicia!, y en un país donde no hay Justicia el Gobierno está perdido.

Pero teníamos oro, dicen los esclavos ricos; ¿para qué la revolución?

Sí, pero el oro, lo mismo en los hogares que en las naciones, no basta para dar la felicidad.

¿De qué nos servían los bienes materiales, si teníamos aletargada o pervertida nuestra conciencia de ciudadanos?

“Es una política segura y antigua de las repúblicas, dice La Bruyère, la de dormir al pueblo con fiestas, regocijos, espectáculos, haciéndole tomar afición al lujo, al fausto, a los placeres, a la vanidad y a la molicie. Con tal sistema se abre paso el despotismo. Y en un régimen despótico no hay Patria”.

Un orador republicano decía: “Es antigua costumbre de los Césares, o en los aspirantes a Césares, el pretender que los pueblos encuentren compensación a la ausencia de la libertad en el bienestar material, ¡como si pesaran menos las cadenas por ser cadenas de oro!

¡La libertad no debe estar en el bolsillo, sino en las conciencias! Y en las conciencias no la había.

Por eso debía ser la revolución de 1910, y la revolución fue, germinando, para bien de todo un pueblo y ejemplos de los irreudentos, en el cerebro alucinado, el corazón purísimo y el aguerrido pecho de Madero, el libertador de nuestra tercera independencia, hermano, como el porvenir ha de cantarlo, de todos los grandes libertadores.

Pero, ahora, cuando habíamos recobrado nuestros derechos; ahora que sin coacciones fuimos a las ánforas electorales; ahora que el progreso resplandecía en un ambiente de paz; ahora que éramos ciudadanos gracias a la más noble, hermosa y magnánima de las revoluciones, ¿qué justificaba una rebelión?...

Sólo un despecho escondido, una ambición bastarda y un anhelo manifiesto de restauración del antiguo régimen.

Pero eso no debía ser y no será.

* * *

En los tiempos homéricos, alrededor de la necrópolis de los paladines de la guerra, el ciudadano griego sacrificaba a la memoria de los muertos algo que le fuera querido, arrojando en una hoguera, caballos, esclavos y aún sacrificándose él mismo, en supremo holocausto de amor, de veneración y de respetos.

En esta fiesta, que es un símbolo y un culto, yo reclamo so-

lemnemente de todos vosotros, de todos los hijos de mi Patria, como un altísimo deber de ciudadanía, de justicia y de concordia, no el sacrificio de vuestras vidas, ni el desprendimiento altruista de vuestros bienes como hicieran los griegos, sino algo más sencillo, menos costoso y más indispensable en estos momentos de angustia nacional.

Es imperioso que todos los mexicanos de vergüenza y de honor, respetando al Gobierno del Estado, laboremos con él, mirando en su representante genuino el representante de la ley, para obedecerlo, y el apóstol de la libertad y de la democracia, el luchador atávico e incorruptible ciudadano, que preside esta fiesta para guardarle la digna estimación que la Historia le reserva, y sacrifiquemos así, definitivamente, en aras de la Patria, nuestros odios de partido y nuestros rencores fraternales, arrojándolos de nuestros pechos en sublime arrepentimiento y en protesta de olvido sobre el túmulo inmortal de nuestros libertadores que verán en nuestra ofrenda, único remedio de salvación pública, la mejor recompensa de sus martirios y el más puro de sus ensueños.

Y ese sacrificio y esa ofrenda, bellos en la intención como los sacrificios filiales, y fecundos en sus efectos como los besos pasionales, arrancarán al Padre Hidalgo una lágrima de ternura y a José María Morelos una dulce sonrisa de agradecimiento y amor!

1912

(*Arengas Revolucionarias*. Tipografía Artística. Madrid, 1916).